

letudinaria Europa, se recrudescen el eterno fenómeno, tan antiguo como la humanidad, del afán de originalidad. Se trata de huir. Huir, como sea, de un mundo hosco. Parece como si los hombres que ven alborear el siglo XX, oscurecido su sol por las tristes noches del XIX, recién muerto sin testar, sintieran sobre sí, la terrible pesadumbre, el *tedium vitae*, el arrepentimiento, en suma, que no podían sentir ya sus predecesores, en una solidaridad universal con los muertos. Pero hay que salvarse, y el hombre opta por salvarse huyendo. Huyendo de sí mismo, naturalmente. Y siempre que el hombre huye de sí, crea. Es un fenómeno histórico. Pero crea lo inauténtico, porque la huída le obliga a improvisar.

La huída en el Arte, nos ha dejado, como legado impenitente, esa gran alforja de improvisaciones cerebrales que llena de «ismos», los primeros veinticinco años de nuestro siglo. Mas como el poeta, por esos años, se encuentra en ese tercer grado de evolución a que antes nos referíamos, en el que comienza a sentirse satisfecho de su cualidad de hombre, ¿qué tiene de particular que en la huída resbale hacia nuevos abismos y trate de crear un MUNDO nuevo para su poesía?

Cuando, tras el tropezón, quiere reemprender la marcha, aún queda barro en sus botas de caminante, pero un nuevo MUNDO empieza a alborear.

No se atreve, sin embargo, el poeta, como hombre-tradicional que es, a romper totalmente con el pasado y busca eslabones desesperadamente. El refugio en los clásicos se hace ineludible, al surgir la disciplina poética frente a la anarquía que la precedió. Pero no puede ya prescindirse del bagaje de bellezas que la improvisación poética de los comienzos de nuestro siglo ha producido y surge el confusiónismo.

La aparición de la imagen absoluta y libre, desligada de lo real, es una nueva superación poética, una gran conquista de la forma que se inicia ya con Mallarmé y Rimbaud, pero es también el velo que oculta un último rescoldo de pudor en el poeta, y se abren entonces, de par en par, las profundas cloacas que Freud, puso al alcance de todos. La inautenticidad reside, pues, en el nuevo MUNDO que se forja, donde lo social, como problema de clases, como aspiración marxista, y lo sexual, como única forma amorosa, lo llenan todo. Se ha creado, pues, un nuevo MUNDO, al que no me importa calificar de infra-poético. Dios, el Amor y la Muerte, toda la Creación, queda relegada, para dejar paso a un subconsciente desatado. Comienza una poesía de masas para la minoría, cuando el poeta encuentra la manera de abrir a todos su mente enferma, sin avergonzarse.

Si el mundo necesita todavía de los poetas, no son glorias de ajeno y libertinaje las que estos tienen que ofrecerle. Ni bohemia lucubrificadora, ni poesía para histéricas. Sean otra vez los poetas, hombres sobre la tierra, sí, pero con la mirada fija y anhelante en los anchurosos caminos de DIOS.

LUIS ROJAS

Divagaciones de un lector con sueño, en torno a «LOS SEXOS, EL AMOR Y LA HISTORIA», de Pedro Caba

VII

UNA DEFINICIÓN DEL HOMBRE

Muchas son las definiciones que se han intentado sobre el hombre. Pero, limitándonos a aquellas que quieren ser cardinales al tiempo que poéticas, habrá que recordar, la de Shakespeare, cuando dice que *estamos hechos de la madera de los sueños*, sentencia ésta que le suena a Unamuno profundamente trágica, pues si Píndaro dijo de la vida que era el *sueño de una sombra*, y Calderón que *la vida es sueño*, ellas sólo se referían a la vida del hombre y no al hombre mismo, mientras que la definición del inglés «nos hace también a nosotros sueño, sueño que sueña».

Y, de entre todas esas definiciones de la criatura humana, debo confesar que una de las que más me agradan es esta de Caba, cuando dice que «estamos hechos de la tela del tiempo», si bien ella termina con algo que es muy discutible, al concluir: «Y no hay más tiempo que el humano».

¿Que no hay más tiempo que el humano? Será que nadie lo atesora, para contarlo, para tejerlo historia, más que el hombre. Ya Caba ha dicho antes que «un vivir cualquiera—el del animal, por ejemplo—no remansa tiempo porque está hecho de instantaneidades, de menudos golpecitos de presentes», pero el tiempo existe, y se repite, volviendo en cronometrados intervalos, para el gallo que, cada mañana, saluda al día soltando el grifo de su quiquiriquí; para la hembra que, periódicamente, entra en celo; para la Naturaleza, que en cada estación reedita sus brotes, se poetiza y aroma de flores y se hace ubérrima de frutos. Solamente en los hombres, cierto, el tiempo se remansa y almacena para ser contado. Bueno, y un poco también en los árboles, porque si es cierto que tienen un período de rotación para su crecimiento, para su desarrollo, para su vida, muriendo, renaciendo, dando fruto y agonizando, también lo es que sus gromos no son aquellos mismos de antes, sino que ya es cuerpo leñoso lo que en la anterior primavera fué lechosa ternura. Pero sólo en el hombre la época de un año no es lo mismo que aquella igual época del año anterior, y si la conoce es porque lo externo se lo dice, porque aquello que tiene de animal ha ido jalando su vida de fechas faustas: su cumpleaños, el nacimiento de un hijo, aquel triunfo...; o de obligados menesteres: prevenirse contra el frío, aliviarse del calor, reponer su equipo...; o de atisbos sorprendentes: que la voz de los muchachos, jugando, en la calle, que el metal de las campanas, todos los ruidos, le dan otro sonido. Y es

que tras de cuatro, cinco, seis meses filtrándose por entre recios muros o encajadas ventanas, su prístina vibración se había olvidado y sólo se recobra ahora que llega libremente, porque hemos franqueado nuestra casa a la primavera.

Y porque estamos hechos de la tela del tiempo, y somos una fibrilla de ella, por eso del tiempo vivimos pendientes, llenando nuestro domicilio de calendarios, teniéndolos en nuestra mesa de trabajo, guardando un rincón en nuestro bolsillo para una agenda, que nos gritan el deber de cada día, de cada hora. Ningún otro animal que el hombre necesita de estos «memorándums» para cumplir sus deberes, ya fisiológicos, ya de relación con las demás especies.

VIII

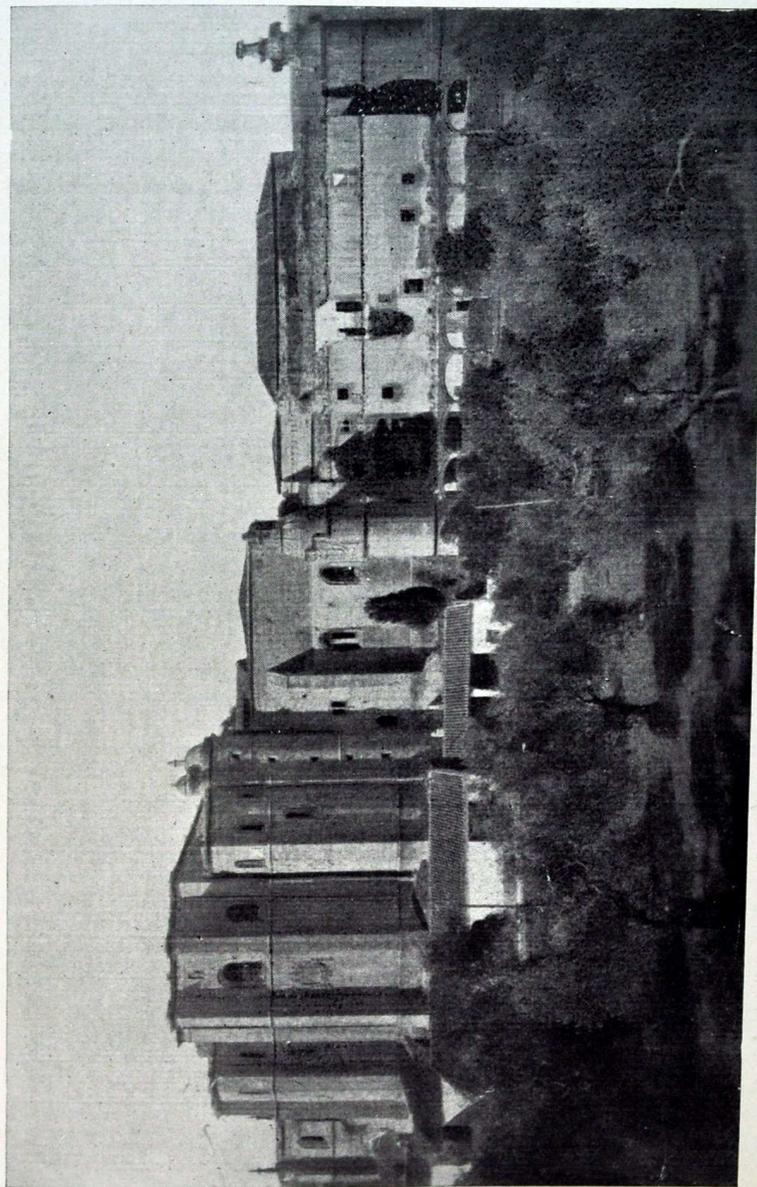
EL ROMANTICISMO Y LO FEMENINO

Cala hondo, como casi siempre, cuando dice que «el romanticismo es metafísicamente viejo». Claro que sí. Y con la paradoja, que Caba recoge y detalla, de que el romanticismo sea obra de jóvenes. Pero ¿se ha parado a pensar en que precisamente por esa razón, a la que encuentra un «sentido profundo», del «hecho tan repetido de que los artistas y poetas románticos mueran tantas veces jóvenes» pueda deberse la vejez del romanticismo, y aun su existencia?

Es una realidad trágica para la juventud la de sentirse angustiada con sus primeras inquietudes. El muchacho herido de aguda sensibilidad que intuye la primavera de su vida y adquiere la certeza de que no tendrá más que ésa — porque en cada año retornan las estaciones, en la devanadera del tiempo, pero cada estación en la vida de los hombres pasa sólo una vez — se deja atenazar por la agonía de un claro temor: el de que se le vaya la vida antes de lanzar de sí su bagaje creador. Y, en lugar de comenzar por el principio, se lanza, de un salto, a lo más granado de su futura obra. Y, en este balbuceo, apunta su dolor. Sus horas son tristes, preñadas de temores; sus ensayos, azarosos y anhelantes, le salen cansados y faltos de ímpetu, pese a su desbordada exaltación. Es un hervor y un fervor lo que manifiesta. Y su propia ansiedad ahoga su obra. Para sus coloquios, sus paseos, sus tertulias, busca siempre personas mucho mayores que él. Si se enamora, lo hace de una mujer en plena sazón, casi apuntando a los últimos hálitos de su verano, nunca de una chica de su edad. Una tía suya, alguna amiga de su madre, la vecina de enfrente, si son cuarentonas, las convierte en dianas ignorantes de sus inflamados suspiros.

Y bien: si ese muchacho tiene el suficiente arrojo para dar al mundo su obra, en ella encontrará el amparo que el mundo no le presta. Y pasa a ser hijo de ella. Que le puede. Y cuando encuentra que no es capaz de superarla, se mata. Y al muchacho se le encasilla como a romántico y su obra se suma a las de ese movimiento literario.

Pero si ese muchacho es un tímido, y toda la obra de su romanticismo queda oculta en los cajones de su mesa, o la persona a



ALBUJUELO EXTREMEÑO: Alcántara. Vista exterior del Convento de San Benito.

quien designa su confidente le hace comprender lo insensato de sus ideas, o la tía, la amiga de casa o la vecina de enfrente se casan a tiempo, el joven se cura y su romanticismo, cicatrizado, se encauza hacia una obra positiva.

Y su época de romántico sólo es un recuerdo, y el romanticismo no se enriquece con una obra más como no busque en los cajones de una mesa, si es que el autor no tuvo el acierto de romper a tiempo.

Pero, al llegar aquí, conviene recoger un párrafo que extraemos deliberadamente, para darlo por adelantado, al momento en que tratemos de las contradicciones en Caba. Y es éste: «El escritor, el artista clásico, dice lo que tiene que decir y nada más que lo que quiere expresar; es conciso porque recorta frondas. En cambio, cuando el varón, hacia el siglo XIX, se reviene otra vez de lo femenino, vuelve a surgir el procrastinante, el que no remata; *sugerir* es achaque de escritores románticos».

Algo existe que se nos enreda y no nos deja comprender. En la concisión vamos a admitir claridad. Como brevedad requiere la sugerencia. Sugerir es inspirar, ofrecer ideas, brindar motivos. Nada de esto lleva consigo el romanticismo. Por el contrario, ha pecado de demasiado frondoso. Tanto que, posiblemente, en ello estuvo su salvación. Si a muchos románticos se les despoja de la frondosidad con que vistieron sus obras, desnudándolas de su ropaje vistoso, deshaciendo páginas y páginas de figuras retóricas y ampulosas para coger la idea, muchas veces ni unas pinzas podrían prestarnos demasiada utilidad. Tal nuestro ilustre Zorrilla.

No sugiere, pues, el romanticismo, sino que estira y estira un tema cuando lo caza. Si los remata o no, ello es otro cantar. Y, por esto, consideramos que Caba ha hecho muy mal agotando de tal manera los suyos. Mejor dicho, ha hecho muy mal insistiendo tanto sobre su mismo tema.

Ellos, aún cuando no sean interesantes, sugiriéndolos sólo reciben el encanto de la frescura y se deja el camino abierto para que la imaginación del lector vuele y fantasee buscando finales a su modo. Lo mejor que la lectura tiene es la sugerencia. No hay momento igual a aquel en que, quedándote suspenso al adivinar lo que se te quiere decir, sueltas el vuelo de tu fantasía y, cogiéndote al hilo del autor forjas, *in mente*, la continuación del capítulo.

Cuando los temas se agotan, dejándolos cerrados, el autor se convierte en un gran sofista, queriéndonos hacer creer que las cosas son tal como él las dice y de ninguna manera más.

Caba se nos antoja como un reloj que fuese enhebrando las horas de su obra—los capítulos de su libro—a golpes de cada uno de los 360 grados de la esfera y orientándose, desde allí, al mismo eje de su tema. Y el péndulo de una palabra tictaqueando la marcha: unas veces es *telúrica*, otras *sedente*, *elusión* luego, *vivencia* después, o *boto*, u *occisión*, o *lúdico*, o *climaterio*...

Caba se explica a sí mismo. Su retornelo es volver muchas veces sobre el mismo tema para desarrollarlo con palabras diferentes. Es

como si esos temas fuesen prismáticos y, dándoles vueltas en su divagar, retratase el lado que diferentemente le presentan.

Esto sí que es romanticismo, y revenido de lo femenino, pues si nos convence de que lo femenino es lo concéntrico, en el volver a hacer, a re-gustar sus temas, Caba acusa mucho de lo femenino a lo largo de las de por sí también largas 653 páginas de su primer volumen.

IX

EL PSICÓLOGO Y EL POETA

Hay en Caba evidentes y no pocas contradicciones. Lo que ocurre es que se co-gen muy difícilmente, no tanto por lo tenue de su existencia como por lo insospechado de ella. Haría falta una relectura para señalarlas.

Cuando, como en Unamuno, todo fluye en un ardor apasionado, no es que se esperen, es que se desean, porque de su contraste nace la rica pirotecnia en que juegan ideas y verbo. Pero en Caba, tan placentero, tan reposado—sus audacias son verbales, cuando más; adjetivales—, sorprenden, aunque se abrigue la sospecha de que él no trata de que sean o aparezcan tales, sino que se le caen por esa razón cambiante de tonos de una misma luz buscada desde otro ángulo del prisma.

Y, sin embargo, si nos paramos a recordar; o, bien, si, por no haber reparado en ellas, a releer, hallaremos, en la Introducción y en su primera página, esta hermosa imagen: «Como si enamorados de un tapiz, magnífico de color, de animación y de vida, nos pusiéramos a destejerlo, hebra a hebra, para estudiar su traza, sin ver que la belleza y el sentido del tapiz están en la totalidad de su tejido de arte y no en la urdimbre o calidad de sus hilos». La imagen se refiere, claro está, al hombre, con referencia también al cual dice inmediatamente, en la II página de esa Introducción, que saben más de él «el diplomático, el novelista, el hombre de mundo o la mujer liviana, que el más sesudo, grave y científico psicólogo», afirmación que repite, con una ligera variante, en la página XII, siempre de su Introducción. como se verá por la numeración romana, indicadora de que en el libro no se ha entrado aún.

Y aquí, tan pronto, hay una evidentísima contradicción. El diplomático, la coqueta, etc., conocen solamente a una clase de hombres: aquellos que giran en su torno, formando el círculo en que viven. Y, si atendemos a que al hombre lo hacen las circunstancias (1), o a que éstas le impiden mostrarse como es, teniendo que limitarse a parecer como allí donde vive le quieren, todos los hombres, a cualquiera de estos catadores de caracteres en vivo, les parece-

(1) Con esto no se hallará conforme Caba, que en la página VII (siempre, claro está, de su Introducción) dice, refiriéndose a la demencia de las figuras históricas o literarias, que ella no es cuestión de «terrenos», predisposiciones ni diátesis, sino de personalidad, no queriendo reconocer que si en ésta va el germen, son las circunstancias las que producen el clima que le ayuda a manifestarse.

rán, más o menos, idénticamente iguales. Más claro: que el diplomático, el negociante, la coqueta, están situados a la altura del hilo equis del tapiz y, por mucho que se esfuerzen, no verán más color que aquel que les circunde. Posiblemente, con mayor intensidad, porque no tienen contraste que lo atenúe, pero el de un solo hilo. Y el psicólogo, aunque descomponga el tapiz y examine uno por uno los que le forman, acabará, que esa es su alta misión, recomponiendo la delicada trama y haciendo esplendor, con todo su colorido, la belleza de su armonía.

Quede aquí, pues, señalada esa sola contradicción. Bien extraña en quien, más que mostrarse arriesgado o intrépido en la redacción de su obra, pudiera ver aplicadas a la misma unas palabras de Mallarmé, y oír decir de ella que es *une euphonie fragmentée, selon l'assentiment du lecteur intuitif, avec une ingénue et précieuse justesse*, salvo aquello de que según en lector intuitivo, porque Caba, ya lo hemos visto, no sugiere, sino que remata y cierra sus temas.

Mas pudiéramos explicarnos esa y otras posturas de Caba no olvidando que en él luchan el psicólogo que no quiere ser, pero que se manifiesta potente, pese a sus reniegos y resistencias, y el poeta que deja la impronta de un lenguaje galano en materias que son, aunque atrayentes, áridas. Y, por esto, cuando aún el calor de su creación no le ha ganado todavía para el estudio a que se dedica, el poeta no hace más que protestar; culpar a la ciencia y defender al arte. Por eso, en la página X (1), rotundiza: «La Ciencia tiene siempre más prejuicios, es más dogmática que el Arte». Y es que quiere, a toda costa, que—mientras niega su virtud, o su sabiduría, al psicólogo—el diplomático, la mujer liviana, etc., tengan el «arte» de conocer al hombre. Pero por alguna razón las artes no son para definir, sino para interpretar al hombre. Y aunque en el enunciado del subtítulo que Caba ha puesto a su libro—«Tentativa de una nueva interpretación del hombre»—quisiera engañarnos en cuanto a sus fines, más será su contenido científico que artístico, si bien, queda dicho—pero vale repetirlo—, su autor ha puesto, en el ropaje con que lo viste, mucho de lo segundo.

Quiere que sea «interpretación»—todavía, como estamos en la portada, habla el poeta—y no psicología. Pero, mal que le pese, esto es. Y la psicología es una ciencia y no un arte. De donde se infiere que en Caba se da un caso de altericidio de que luego hablará en «El suicidio y lo demoníaco»: el artista quiere matar al hombre de ciencia.

CÁSTULO CARRASCO



(1) Inútil es ya, entiendo, repetir que, mientras se numere en romano, o con signos romanos, o con números romanos, si está mejor, nos hallamos en la Introducción.